Rev. de Psicoanálisis, LVIII, 1, 2001, págs. 103 a 110

La pulsión de muerte

* Cecilia Sinay Millonschik

A Sigmund Freud, mi maestro, que me enseñó a desobedecer.

"Para llegar al punto que no conoces, debes tomar el camino que no conoces."
San Juan de la Cruz

Como casi todo aquello de lo que hablamos o escribimos los humanos, el concepto de pulsión es eso: un concepto. O sea, un modelo. O sea, la sombra del objeto. Por lo tanto el concepto de pulsión es, para mí, ni más ni menos que el intento fáustico de alcanzar un saber del que sólo tenemos la distorsión de un lejano y ahuecado eco. Ese representante psíquico del instinto trata, a su manera, de hablarnos del misterio y del filo del hombre: cuerpo-alma, psique-soma, animal-humano, ente frágil sabedor e ignorante de su propia limitación, de su propia finitud, de su propia muerte. Allí, en el filo, late el pulso de la pulsión, para aludir al misterio de ser yo misma y no saber quién soy; yo, aquella que más conozco.

Creo que la han llamado Ángel Caído, Dios y el Diablo, Sol y Luna, Vida y Muerte, el Bien y el Mal. Concepto límite, territorio límite, desgarro límite, el rasguño en el borde mismo del conocimiento. Aquella que digo *mi cuerpo o mi mente* o lo que fuera, para aludir a mí; ¿qué? ¿No soy yo?, ¿quién soy? Aquella que tal vez jamás cesará de intentar nombrar sin más ni menos éxito que el infinito asombro de lo inefable. Aquí estoy para decirme Cecilia sin saber si eso alude a la piel de mis rodillas, al gris profundo de mis ojos, a los repliegues de esto que va deslizándose desde la punta de mi pluma que no sé bien si sale de mí, de qué lugar de mí, de alguna voz ancestral que en mí ha encarnado y para la que yo me ahueco al solo fin de dejarle paso. Una voz que no sé si está en mis genes y/o en alguna fuerza sobrenatural, terrenal o extraterrenal, que me atraviesa y cuyo origen no alcanzo a discernir. Fuerza: una de las vertientes de la pulsión; eso que pulsa, late y pugna por salir más allá o más acá de cualquier voluntad de permitírselo.

* Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Dirección: República de la India 2921, 5º "B", (C1425FCE) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, R. Argentina. E-mail: sinay@shbbs.com.ar

Es allí, en el borde de lo *unheimlich*, de lo desconocido en lo familiar, de todo lo que nos sale al paso, en cada imponderable del trayecto, para recordarnos la presencia de lo Otro. Concepto límite. Situación límite entre lo Otro y lo Uno, entre psique y soma, entre adentro y afuera, entre naturaleza y cultura.

El tono con que escribo lo que escribo tiene que ver con mi convicción acerca de lo subjetivo de cualquier discurso humano. Dado que estoy convencida de que es subjetivo (si no, no sería humano), prefiero que lo parezca. Querría poder no creerme dueña de un saber "objetivo".

No soy demasiado ordenada para responder. Si es que respondo. No amo las respuestas. O, mejor, me dan la sensación o la idea de que ya está. No en vano la raíz etimológica de "respuesta" tiene que ver con la de responso. Es una oración para los muertos, una lápida. Ése es, al menos, mi sentir. Me agradan las respuestas, o las preguntas, que cuanta más luz echan sobre el asunto, más sombra.

Aún no hemos aclarado ese lugar límite entre lo somático y lo psíquico. Y creo que no podremos hacerlo como no sea partiendo al niño por el medio como en el famoso fallo salomónico. Allí estará la madre para decirnos que se lo quede la otra. Prefiero no destripar la pulsión, aun cuando para ello su dominio me sea ajeno. Me agrada su misterio. La siento más hija mía aunque así no me pertenezca.

Pensaba recién, mientras escribía, en la mesa redonda. Tal vez la nuestra, quizá la del Rey Arturo, a la que consideran una de las vertientes de la democracia: una mesa sin cabecera, aunque Arturo no dejó nunca de ser el Rey (creo). De todos modos, cada uno tiene allí su lugar, su destino, el sitio inexorable que ha de ocupar; cuanto más cerca esté de ese lugar asignado para ser sí mismo, más cerca estará de cantar su canto. ¿Es esto lo que uno busca cuando busca en el psicoanálisis el conocimiento de sí?

El lugar que a mí parece haberme tocado es el de esta mezcla de ciencia, poesía y mística, que es un agua en la que me siento inquietamente tranquila. Por suerte, cuando dudo de que éste sea un modo adecuado para hablar de un tema científico, considero que estoy bien acompañada si escucho a Einstein decir que al encontrar la fórmula supo que era ésa porque era bella, o que Dios no juega a los dados, o que la ciencia sin religión es coja y la religión sin ciencia es ciega. Claro que él, además, era Einstein. Vaya una a saber qué vio.

Una y otra vez me pregunto si ésta que estoy llevando es la forma en que debería decirlo. ¿Resultará eficaz y técnico *enough*? La conjunción de rigor universitario, poesía, magia, disciplina, desobediencia, incertidumbre e intemperie han sido mi marca de fábrica. Es así como soy mujer, médica, psicoanalista y escritora. Pero al pensar este texto por *e-mail* lo encuentro drámaticamente carente de *subject*. ¡Qué paradoja! ¡Cuanto más sujeto, menos *subject*! Es como lo virtual, que se llama igual pero es lo contrario de lo que solía ser. Otro cantar sería en una mesa redonda con el

sabor de los viejos fogones o de los círculos sagrados de todos los tiempos. A menudo me encuentro pensando, con tristeza y preocupación, en el día –quizá no tan lejano– en que nos resulte natural chatear en inglés y nos suene bizarro el lenguaje de la poesía o del mito.

En mi quehacer, cada día de mi vida, trato de tener presente y hago mío el ruego de aquel proverbio oriental:

Señor: dame el coraje de cambiar aquello que puedo cambiar,
La resignación para aceptar aquello que no puedo cambiar,
Y la sabiduría para darme cuenta de la diferencia.

No sé si puedo definir qué lugar ocupa la pulsión en esto, como en tantas otras cosas que guían mi camino en lo que se suele llamar la clínica o la práctica. Probablemente está en ese sitio dentro de mí que me empuja insaciablemente a seguir queriendo saber; siempre así, queriendo, siempre en gerundio, siempre pulsando por seguir, sin nunca sentir que estoy perdida pero tampoco segura de haber encontrado. En ese lugar de pulsar y pulsar, de no darlo nunca por sentado, de provocar y llamar la atención sobre lo obvio, de no tener tregua ni descanso; en el lugar preciso en que la pulsión no busca, precisamente, la descarga. Ese sitio que me hace pensar, o sentir, que uno de los peores pecados que puede cometer un hablar psicoanalítico es el de ser predecible porque allí, me parece, ha dejado de vivir.

¿Y si no se tratara de una metáfora? ¿Si de veras creyéramos que estamos hablando de algo que existe? ¡Ah! Entonces sí que no sé si se sostiene. Especialmente como pulsión de muerte. Porque, si es representante psíquico del instinto, y eso quiere decir exactamente lo que dice, tendría que haber un instinto de muerte. Y los que estudian las cosas de los instintos hablan de instinto de vida (o de supervivencia) pero no de instinto de muerte. Tampoco podemos olvidar que Freud pensaba en organismos unicelulares libres de metabolitos y hoy estamos en el terreno del ADN, la apoptosis, el genoma humano, los embriones congelados, la clonación... Podría hablar de esto, pero ya escribí mucho sobre el tema. Mi pulsión me incita a no repetir lo que ya he dicho. Prefiero, quizás, estudiar y pensar todo de nuevo para reenunciar a nuestra pulsión.

Pero no es ése el espacio y el tiempo que me da hoy esta mesa, ni tampoco creo estar en condiciones de hacerlo ya. Lo que estoy escribiendo y pensando sobre el lugar de la pulsión en lo virtual o, mejor dicho, de toda nuestra concepción de lo psíquico en el mundo de lo virtual, todavía está en barbecho.

Colegas, me da mucho gusto que me hayan llamado para participar en esta fiesta, en esta mesa redonda. Me da mucho gusto que compartamos el fruto de nuestros recorridos. Lástima que sea virtual, pero tal vez de otro modo no habría sido. De cualquier forma, mientras escribo, me han

faltado sus caras, sus gestos, sus interrupciones, sus opiniones, sus reacciones que –sin duda– habrían matizado y quizá modificado mi soliloquio. Tal vez sea en una segunda vuelta.

Tómese este texto como una forma de resistencia pasiva, ya que nadie excluye explícitamente la poesía; simplemente, a veces temo que la programación globalizada, silenciosa y subrepticiamente, la vaya empujando del sistema.

Pero Freud, mi maestro, no sólo me enseñó a desobedecer. También me enseñó a ponerme siempre en el lugar del interlocutor, a hacer de abogado del Diablo. A pensar que el otro puede no entender lo que estoy tratando de decirle. A comprender que este momento de mi pensamiento, el momento presente en que todavía no he acabado de pensar lo que pienso es un momento difícil para tener un código común con el otro. Por eso, aunque lo que acaban de leer es lo que hoy es en mí el concepto de pulsión, supongo que el lenguaje de lo que he escrito hace ya unos años debe ser más compartible.

Por eso, mi segunda parte tendrá la forma que tiene. La de hace unos años.

Y se va la segunda.

Al principio, Freud enunció la agresión como formando parte de Eros (secundario a la frustración o como afán de dominio del objeto amado). Hubo dos hechos, uno clínico y el otro teórico, que lo llevaron a cambiar ésta por su segunda teoría de la agresión.

El hecho clínico es la compulsión a la repetición (es decir, la tendencia a repetir experiencias dolorosas o no placenteras). Sus primeras observaciones acerca de los sueños traumáticos que se repiten le hicieron reflexionar ante este hecho extraño: se reitera y se reitera, más o menos indefinidamente, algo displacentero o incluso doloroso.

El hecho teórico se corresponde con la apoyatura que la ciencia de su tiempo le brindaba. Por ejemplo, la segunda ley de la termodinámica, tendiente a explicar los fenómenos físicos en términos de una energía que se va agotando, con notable incremento de entropía. En esta concepción todo fenómeno vital busca la descarga, el cero, el alivio de tensión, el retorno a lo inanimado. En definitiva, toda vida busca la vuelta a lo inanimado, a la quietud, a la muerte. El mismo Freud se sorprende del recorrido de sus ideas: en *Más allá del principio de placer* y en "El problema económico del masoquismo" lucha contra su propia extrañeza respecto de que la búsqueda del principio de placer lleve a la muerte. Sin embrago, el placer está allí, al final del agotamiento de tensión (una sola excepción hay para él: el placer del incremento de tensión en la excitación sexual). El principio de Nirvana lo saca del brete.

Tendremos, pues, que estudiar por separado estos dos aspectos: el clínico y el teórico.

Para reflexionar acerca de la clínica, me parece útil considerar algo que, en verdad, es obvio: una cosa son las teorías y otra, los hechos. Los hechos están allí y todos los vemos. Cómo los explicamos es otro asunto. Y este asunto es ya materia de discusión. Los dolores se repiten, pero ello no implica que se busque repetirlos y, menos aún, sufrir otra vez. Freud nos enseñó que hay contenido latente y contenido manifiesto. Pero sólo utilizó este pensamiento para hablar de los sueños y de algunos síntomas. Cuando se ocupa de los mitos o de la repetición parece olvidarlo y se queda con lo que se ve: si se repite algo doloroso (no dicho de modo tan directo, pero en definitiva ésta es –a mi juicio– la esencia), es porque se tiende a buscar algo doloroso. ¡Caramba! ¿Y si se buscara otra cosa? A veces da la impresión, en algunas explicaciones psicoanalíticas, de que se invirtiera, tautológicamente, consecuencia por causa: si se llega acá será porque se quería llegar acá. Si no aprobó el examen es porque, en definitiva, no le resulta bueno recibirse. ¿Y si le buscáramos otro contenido latente? Volveremos sobre este punto más adelante, al hablar de ciertas conductas autodestructivas que, desde mi perspectiva, están muy lejos de buscar la autodestrucción; ésa es su consecuencia, no su búsqueda.

En lo referente a la teoría, hay dos vectores sobre los cuales se me ocurre que podemos reflexionar en relación con la entropía y la termodinámica. Freud llega a sus enunciados acerca de la búsqueda del cero y el agotamiento de tensión desde el establecimiento de una hipótesis de isomorfismo entre los enunciados teóricos de la física y los del psicoanálisis. Si bien éste es un modo de funcionar en la ciencia, siempre cabe preguntarse si puede extrapolarse al psiquismo una ley física. Pero aún hay más: el segundo principio de la termodinámica no tiene hoy la credibilidad científica que tenía. Prigogine obtuvo el Premio Nobel por refutarlo.

Desde el punto de vista epistemológico, Freud llega a estas conclusiones, como ya hemos dicho, por isomorfismo de teorías (equipara el psiquismo con un aparato físico que se rige según las leyes del segundo principio de la termodinámica). Cabe aquí cuestionar la validez de las hipótesis por isomorfismo, especialmente cuando los elementos que se comparan quizá no sean homologables (un fenómeno físico y una conducta humana). Pero aun cuando tal isomorfismo fuera válido, resta todavía el problema del segundo principio de la termodinámica, que ha sido reformulado en términos que relativizan la posibilidad de que existan sistemas cerrados, aun desde el punto de vista de la física. Es probable que si Freud, en vez de hacer isomorfismo con la física, lo hubiera hecho con la teoría darwiniana de la evolución, sus afirmaciones sobre la pulsión de vida, la pulsión de muerte, el agotamiento de la tensión o la búsqueda de complejidades cada vez mayores habrían sido otras.

Los suicidas que se envían a "mejor vida", las anoréxicas que se sobrevuelan –puro espíritu– y desde allá arriba nos contemplan (a nosotros y a

ellas), los males asmáticos ahogados en un esfuerzo infinito por llenarse de aire, son otros tantos ejemplos de que nadie sabe a ciencia cierta cuándo se muere. Y que, muchas veces, se muere cuando se está luchando por salvarse.

Están también los que matan para convertirse en el "Amo Absoluto" y ser ellos mimos la muerte. Están los que no toleran no poder dar a sus hijos sólo la vida y penan por haberlos hecho mortales; incluso, a veces, frente a este dolor, prefieren la esterilidad. Un ejemplo paradigmático es el de ese enunciado tantas veces oído: "¿Para qué traer hijos a este mundo?" (como si hubiera alguna posibilidad de traerlos a otro). Más aún: podemos pensar esta esterilidad (la elección de no tener hijos para que no sufran, para no someterlos al dolor en esta vida) como una especie de homicidio altruista por anticipado. Hay quienes los matan después, con la intención de que no mueran de hambre o cosas por el estilo. Es difícil reconocer que no hemos sido capaces de llevar (o traer) a nuestros hijos a una vida sin dolor y sin muerte.

Veo en toda autodestrucción clínica un intento desesperado de eludir el intolerable destino humano. No veo repetición alguna que no sea una expectativa de que esta vez salga bien. Un ensayo y error desesperado al cual la desesperación, precisamente, le quita el valor de ensayo y error. Cuando nos desespera no ganar, solemos perder.

Muchas veces, si no podemos hacer las cosas de por vida, por lo menos las hacemos de por muerte.

Los salmones remontan los ríos para desovar. Si se construye un dique en el río, los salmones se darán contra la pared y no desovarán: se extinguirán. Las especies tardan mucho más tiempo en modificar sus conductas que el que requeriría una novedad técnica para funcionar, y el hombre es el único salmón capaz de construir un dique en su propio río de desove.

Esto tiene que ver con el aspecto más paradigmáticamente humano de nuestro matar para vivir. Sucede que el hombre, al ignorar su saber que va a morir, necesita matar para exorcizar sus fantasmas. Todo agresor es un condenado a muerte. Matamos para no morir y aun para dar vida. Es difícilmente tolerable saber acerca de la propia finitud. Y el hombre suele tentarse con la idea de ser el Amo Absoluto: "Yo soy la muerte". "Pero, además, si soy la muerte, soy también la vida". Es así; el hombre, para soportar su propio asomo a la finitud, para vivir, en ocasiones necesita matar cuando no puede tolerar la condición trágica de su propia existencia.

La fantasía de un suicida, por ejemplo, puede ser la de retorno, o pasaje, a una situación placentera, reencarnada, inmóvil, inanimada, inmortal, nirvánica, indiferenciada, eterna; la situación vista desde afuera (o la realidad) es de muerte. He tenido ocasión de observar numerosas fantasías de suicidio que no entrañan un "no quiero vivir", sino un "no quiero vivir más así", y donde la esperanza es de vivir de otra manera (mejor): "más allá", "otro mundo", "descansar por fin", "no sufrir más", etc.; en una

mezcla de fantasía de inmortalidad, por un lado, y de "esta vez va a ser diferente", por otro.

En ese sentido estas fantasías podrían ser entendidas como un modo equivocado de querer vivir y la compulsión a la repetición podría verse como un intento de repetir mil veces, para ver si esta vez sale bien. Lo que se hace o se repite es un contenido manifiesto, un observable. Es un ensayo y error equivocado donde lo latente sería una tentativa desesperada y omnipotente de evitar el error (lo que es lo mismo que una tentativa desesperada por cometerlo): eso le quita al método del ensayo y el error la posibilidad de acertar por un juego probabilístico. Ensayar y errar sin memoria ni deseo, da más probabilidades de éxito que la desesperación por el éxito, que da un resultado desastroso. Pero ése es el resultado, no el objetivo. Insisto: lo que más me interesa de esto no es explicar qué pasa con un suicida o con un repetidor de cualquier conducta autodestructiva, sino hablar de la posibilidad de un modelo teórico alternativo.

El hombre es un animal como cualquier otro. Pero distinto de los otros. En realidad cada animal es distinto de los otros. Unos vuelan, otros nadan, éstos tienen pelos, aquéllos escamas. Una célula. Multiplicidad de ellas. El hombre parece ser el único animal que tiene capacidad de abstracción, de simbolización y de horror. El único que tiene autoconciencia de su devenir, de su antes, de su después y de su proyecto. El único animal que sabe que va a morir. El único capaz de tener conciencia de sus limitaciones. Ésta es una carga muy pesada, muy difícil de tolerar. Es una luz tan potente y despiadada que puede quemar las retinas. El hombre se las ingenia, pues, para achicar aún más el diafragma de sus pupilas y ver sólo una parte: la que puede tolerar. Enfoca y desenfoca, agranda o achica, echa luz o sombra. Un ser que sabe que va a morir tiene muchas razones para negarlo. Puede apelar a numerosas defensas para acorazarse, y amortiguar el impacto de un dolor que podría ser desorganizador para su frágil aparato de pensar y para su vida misma. Alguien que va a morir y lo sabe, puede echar mano de mecanismos paradójicos para negarlo. El hombre, sabedor de que no sabe todo, de que está inerme y es frágil frente a las fuerzas de la naturaleza, de que va a morir, apela a recursos ilusorios y típicamente humanos para amortiguar el dolor que ese conocimiento le causa. El hombre es, además, un especialista en dioses. Y los dioses pueden, en general, hacer y deshacer, ser inmortales, crear seres con un alma –también inmortal– y decidir acerca del destino de los entes y las cosas. Y Dios ha hecho un hombre que es a su imagen y semejanza y que, además, es el rey de la creación. Por tanto, tiene sabiduría y poder suficientes como para decidir qué conviene y qué no conviene hacer con este planeta, con los seres "inferiores" y consigo mismo. Un rey despótico por añadidura, cuya técnica corre mucho más rápido que los cambios biológicos y le permite jugar a que no es un salmón cualquiera: es el rey de la creación. Es lo

menos que puede hacer para consolarse. Como cualquier animal, lucha desesperada, egoístamente, por salvar su vida; sólo que en el hombre no es sólo vida física, sino también vida psíquica, que es metáfora y paradoja.

Para mí, la capacidad de abstracción y/o de simbolización tiene que ver con la relación cuerpo-mente y con el enlace entre psiquismo animal y psiquismo humano. La capacidad de abstracción se vincula a lo que no está, al objeto ausente que se transforma en recuerdo, en símbolo, en concepto. Pero, además, en la evolución filogenética esto tiene que ver con el momento en que aparece en el hombre el pensamiento religioso, que corresponde al instante en que entierra sus muertos; tiene conocimiento de la muerte, que es, probablemente, el paradigma de lo que no está. Y el primer acto del hombre ante el conocimiento de la muerte parece ser una negación: crea un ritual de la muerte y un más allá o alguna idea de supervivencia.

Creo que esto se corresponde con todo lo que se adentra en el terreno de las creaciones míticas.

He pensado que esto también debe ser evolutivamente útil. Es probable que, dada la capacidad de abstracción humana, haya ciertos conocimientos (el de la muerte, por ejemplo) que resulten desorganizativos y que harían de esa capacidad un elemento evolutivamente dañino.

Tal vez la capacidad de abstracción deba cursar con cierta dosis de negación.

Se me antoja que el gran drama del hombre es hacerse a sí mismo incognoscible lo que su capacidad de abstracción le revela como ineludible: el conocimiento de su propia muerte. Éste es, filogenéticamente, el problema del Australopithecus; y, ontogenéticamente, el del símbolo, la capacidad de abstracción, la recuperación del objeto ausente, la palabra, la organización y el pasaje desde el psiquismo biológico al psiquismo de la cultura.

Bueno, colegas, termino acá.

Lo que acaban de recorrer son algunos de mis pensamientos acerca de la pulsión de muerte, aquella que siempre me interesó más porque es para mí la cara oculta de la Luna, el costado *unheimlich* de la enunciación.

DESCRIPTOR: PULSIÓN

KEYWORD: DRIVE